

UNOS KILÓMETROS DE MÁS

Todavía quedaban unas horas para que se asomase el primer rayo de sol, cuando sonó tenuemente la alarma del móvil en la habitación del hotel. Nunca le habían gustado los ruidos fuertes y súbitos, por eso siempre optaba por programar la alarma con un tono bajo. Esa misma tranquilidad y silencio era una de las causas por las que amaba su gran pasión: el deporte en la montaña.

El primer pensamiento de Laura fue para sus hijos, que junto a su marido se habían quedado en Valencia, mientras ella, con su amiga y compañera de club Lucía, habían recorrido la tarde anterior los más de 500 km que separan Valencia, su ciudad de residencia, de la localidad oscense de Benasque. Sin mucho tiempo que perder, ambas se incorporaron y sin cruzar prácticamente palabra, se dispusieron a realizar el habitual ritual previo a una carrera por montaña: colocarse la ropa cuidadosamente preparada la tarde anterior, las zapatillas, bien anudadas pero sin apretar en exceso, un último repaso al contenido de la mochila, y varios tragos cortos de bebida isotónica intercalados. Mientras bajaban a desayunar, Laura pensaba lo bien que le hubiese venido cambiar el turno de trabajo en el hospital donde trabajaba de enfermera, la noche previa a la salida. Recordó entonces la cara de perplejidad de su compañero cuando le pidió ese cambio de turno, para poder afrontar con más tranquilidad y tiempo su viaje previo a Benasque. Pero no, él no comprendió que conducir 500 km la víspera de una competición tan dura, no era algo precisamente recomendable. Bueno, en realidad él no entendió que a una mujer le pudiese interesar practicar un deporte así. ¿Qué necesidad tenía una mujer tan bella físicamente de machacar así su cuerpo? ¿Qué ganaba esculpiendo su cuerpo y generando músculo volviéndose así más andrógina? Y es que Laura, como tantas otras mujeres, no lo tuvo fácil para llegar a ser una corredora de montaña. Su propio entorno siempre la miró con extrañeza. Cuando era joven, su padre siempre le lanzaba

comentarios del tipo “¿A correr?, vaya ganas tontas de sufrir”, mientras que su madre centraba sus críticas en el aspecto físico y la seguridad. “Hija, ¿no te parece que este deporte es demasiado duro para una chica?” “Ay, que se está poniendo cuerpo de camionero”, “No salgas sola a la montaña, y si te caes, ¿quién te va a ayudar?” Era curioso que su hermano mayor Javier, quien le había ido introduciendo en este mundo del trail, salía habitualmente solo a entrenar, sin recibir el más mínimo reproche.

Poco a poco se iba acercando la hora señalada para el comienzo de la carrera, y los nervios iban aflorando en el estómago de las dos amigas. Mientras desayunaban, iban repasando los pormenores de la carrera, los puntos más complicados, las subidas más duras, los tramos de bajada donde recuperar y la ubicación de los avituallamientos. Realmente, llevaban meses organizando toda esta estrategia. Laura y Lucía se conocían muy bien, como corredoras y como amigas. Sabían que si todo iba bien, tenían un nivel similar para poder hacer la carrera juntas, además habían hecho parte del entrenamiento de forma conjunta. Sacaron de la bolsa del corredor recogida la tarde anterior unas barritas energéticas y unos geles. Lucía se tomó un gel con alto contenido de cafeína y Laura le preguntó en voz baja cómo iba de “lo suyo”, y es que sabía que estaba en los días de la menstruación. Un factor “invisible” con el que las deportistas deben contar y que puede afectar de forma determinante en el rendimiento.

Terminado el desayuno, subieron de nuevo a la habitación para ir al baño (ambas tenían experiencia en carreras y sabían lo complicado del uso de los wc químicos que suelen instalarse para la ocasión), e inmediatamente se dirigieron hacia el lugar de salida de la prueba. 55 kilómetros de montaña por delante esperaban, un reto exigente y apasionante a partes iguales. Al salir a la calle, la tranquilidad y el silencio de las cercanías del hotel se fueron transformando paulatinamente en el bullicio habitual de la zona de salida. Conforme se acercaban a ella, fueron encontrándose con otras y otros participantes y

acompañantes, y se iba notando la tensión y los nervios en el ambiente. Al pasar junto a la larga fila frente a los wc, no pudieron evitar cruzar una mirada cómplice. Habían hecho bien en acudir al baño en el hotel. Y es que la escena era muy habitual: las cabinas instaladas carecían de letreros por lo que su uso era indistinto para hombres y para mujeres. En ocasiones sí que habían visto dicha separación por sexos, pero como suele ser habitual que el número de participantes hombres supere al de las mujeres, las prisas (y la falta de respeto) los acababa convirtiendo en mixtos. Y todos sabemos que las mujeres no orinan de pie y los hombres sí, por lo que la higiene acaba brillando por su ausencia (por no hablar de la falta de papel, problema cotidiano en estos casos).

Mientras sonaba la música por megafonía, el speaker iba repasando los corredores más importantes que habían acudido a la cita este año. Los asistentes vitoreaban cada nombre, hasta siete corredores fueron nombrados, con referencia a algunos de sus éxitos más brillantes. Tras ello, el speaker también nombró a las corredoras más relevantes que participaban. Sólo tres fueron las mencionadas. Los aplausos fueron menores.

En el photocall instalado para la ocasión, un grupo de jóvenes participantes esperaban para poder fotografiarse junto a Aritz Egea, corredor vasco de gran experiencia y con un laureado palmarés, habitual de las grandes pruebas. En esos momentos, atendía a un periodista que, grabadora en mano, le hacía preguntas sobre la carrera. Finalizada la entrevista, empezó la sesión de fotos y selfies con diversos corredores. Pocos metros más allá, Nuria Picas, corredora catalana con otro palmarés envidiable, conversaba amigablemente con un grupo de personas. El periodista pasó por su lado, concentrado posiblemente en la entrevista anterior. Ninguna persona le esperaba para fotografiarse. Y es que como en la gran mayoría de los deportes, los focos mediáticos alumbran en mayor medida a los hombres que a las mujeres. La gran noticia en la semana previa a la carrera fue el anuncio de la ausencia inesperada de Luis Alberto Hernando, varias veces

campeón mundial y un gran referente masculino de este deporte. Unos problemas musculares le habían obligado a desistir a última hora. La noticia había caído como una losa para los organizadores y seguidores de la prueba, ya que era uno de los reclamos principales de la misma. La presencia de corredoras como Nuria Picas, Xari Adrián, Nuria Domínguez o Maite Maiora, todas ellas de un primer nivel internacional, no ocuparon ni de lejos tantas líneas en las noticias deportivas de la semana como la ausencia de Hernando.

Cerca del photocall había un gran panel donde consultar el número de dorsal para la entrega de los mismos. En la parte alta del panel aparecía el letrero “Listado de inscritos”. Para Laura y Lucía era tristemente habitual estar dentro de los “inscritos”, “corredores”, “clasificados”.

Laura se fijó en que algunas de las corredoras que calentaban en las calles aledañas, llevaban la camiseta con que la organización obsequiaba a las y los participantes. En esta ocasión, había un modelo diferenciado para mujer y para hombre. Más entallada para las mujeres, más recta para los hombres. De color morado para ellas, azul para ellos. Echando un vistazo por la plaza, Laura trató de buscar una prenda deportiva femenina que no fuera morada, rosa o de un color fluorescente. Fue difícil encontrarla. También cayó en la cuenta de que la camiseta femenina de la prueba era bastante ajustada. Y es que la moda deportiva no escapaba a los dictados de la moda femenina en general. Se preguntó irónicamente si las prendas deportivas ajustadas o escasas de tejido hacen correr más rápido a las mujeres... Y suerte que en esta ocasión había un modelo diferente para cada sexo. En carreras con menor presupuesto, era muy habitual que sólo hubiese un modelo de camiseta, y que éste fuese masculino. Se imaginó qué ocurriría si en una carrera se obsequiase a todas y a todos con una camiseta femenina. Recordó

incluso cómo la organización de una carrera reciente había recibido duras críticas por regalar una camiseta de color fucsia tanto a ellas como a ellos.

Quedaban escasos minutos para la salida, y las corredoras y corredores empezaron a ocupar sus lugares de salida. La luz del sol ya se empezaba a notar, y los frontales se hacían innecesarios. El volumen y la intensidad de los comentarios del speaker denotaban el inminente comienzo de la carrera. Los primeros puestos tras la cinta de salida habían sido copados por los corredores de mayor nivel. En segunda fila, ellas. Nadie marca esto como una norma, pero suele ser así. La foto de la salida de una gran prueba deportiva mixta, siempre suele tener más hombres que mujeres.

Y así, a las 8:00 a.m. de aquel día 22 de julio dio comienzo la Vuelta al Aneto, prueba que se enmarcaba dentro del Gran Trail Aneto-Posets, y que contaba con varias pruebas con diferentes distancias y desniveles, a lo largo de todo el fin de semana. Una de las grandes pruebas dentro del calendario nacional de trail, y con presencia de corredoras y corredores de diferentes países.

Laura y Lucía se colocaron más o menos a mitad de la zona de salida, y tras un abrazo y desearse mucha suerte, comenzaron la carrera que tanto tiempo llevaban preparando, que tanto interés e ilusión les había generado. 800 participantes se habían inscrito, agotándose los dorsales en muy pocos días, y es que el entorno por el que transcurría la carrera era auténticamente espectacular. Del total de participantes, 64 eran mujeres. Un porcentaje minoritario, pero una cifra que año a año iba en aumento, algo impensable unos años atrás, donde este tipo de competiciones eran casi exclusivamente masculinas. Los pensamientos de Laura durante los primeros metros, atravesando el arco de salida, volvieron a dirigirse a su familia. Qué difícil resultaba para una mujer combinar su trabajo (con turnos y horarios variables), su vida familiar y la preparación de las

carreras. Le hubiese gustado que su familia estuviese allí, animándola y arropándola en este reto tan exigente, pero las circunstancias económicas no lo habían permitido.

Los dos primeros kilómetros de la carrera se desarrollaban por terreno asfaltado, y el pelotón avanzaba a un ritmo constante. Algunos corredores adelantaron a Laura y a Lucía, tratando de ganar puestos en la carrera. Muy por delante, Laura observó la silueta de una mujer que ocupaba los primeros puestos, y supuso que se trataba de Nuria Picas. Sabía que no volvería a verla porque las distancias se irían ampliando paulatinamente a lo largo de la carrera. Con suerte, llegaría a tiempo para verla sobre el pódium en la entrega de trofeos.

Tras el primer tramo de asfalto, la carrera se desvió por una pista forestal y el camino empezó a inclinarse hacia arriba, la carrera de verdad había comenzado. Trail en estado puro, por las montañas colindantes a la mítica cima del Aneto.

A su paso por el primer avituallamiento, situado en los Baños de Benasque, una familia que allí se encontraba les infundió ánimos. El hijo pequeño, de unos 8 o 9 años, les dijo que iban en la posición 94 y 95. Al parecer, el niño se había entretenido contando las posiciones de llegada al avituallamiento desde los primeros participantes. Ante esto, los adultos de la familia les aplaudieron y les felicitaron por estar entre los 100 primeros clasificados. “Ánimo, seguid así chicas, que estaréis dentro de los 100 primeros en meta”.

Laura y Lucía les dieron las gracias y tras comer algún trozo de fruta e hidratarse, continuaron su trayecto por una estrecha senda en la que era difícil adelantar a nadie. No obstante, un par de corredores lo hicieron tras pedirles el paso cortésmente. Un corredor joven lo hizo minutos después de forma más brusca, sin mediar palabra. A Lucía le faltó poco para ser arrollada. “Bueno, pues ya vamos la 97 y la 98”, dijo Lucía en tono de

broma. Laura le sonrió, entendiendo perfectamente lo que quería decir con ello. Y es que en realidad, su posición actual en la carrera no era esa. Era normal que el niño se lo hubiese indicado así, pero aunque ellas lo desconocían en ese momento, su posición en la carrera era quinta y sexta. ¿Cómo podía ser así, si había casi 100 participantes por delante? Muy sencillo, porque ellas competían contra las otras mujeres, no contra los hombres. Si un hombre las adelantaba, no perdían una posición, si adelantaban a un hombre, tampoco la ganaban. Que hombres y mujeres son diferentes desde un punto de vista biológico y fisiológico queda fuera de toda duda. Pero las circunstancias de este deporte hacen que ambos sexos compitan paralelamente, con el mismo recorrido, los mismos avituallamientos, las mismas dificultades. Por tanto, al final debería haber una clasificación de hombres y una de mujeres.

Tras unos primeros 20 kilómetros con un perfil claramente de subida, Laura y Lucía llegaron a un segundo avituallamiento, situado a la altura del refugio de La Renclusa. Aquí la parada se hizo más larga. Ambas llevaban mucha carga en las piernas debido a largos kilómetros de ascensión, que en algunos casos les había obligado a ir caminando (casi trepando), por estrechas sendas de gran desnivel. Las dos sabían de la importancia que tienen estos momentos de parada, de la hidratación, de alimentarse y de recuperar fuerzas. Observaron a varios corredores que se habían apartado unos metros del avituallamiento y estaban orinando. Algo cotidiano entre los hombres, no así entre las mujeres. En una carrera de tantas horas de duración, es necesario orinar para todo el mundo, pero las mujeres no lo tienen tan fácil. En este caso, las corredoras tenían la opción de entrar en el refugio y usar sus baños, pero lo habitual era esconderse donde nadie las veía. En ambos casos, con la consiguiente pérdida de tiempo mayor que para los hombres.

Reanudada la carrera, ahora tocaba un buen tramo de bajada. Aunque las dos corredoras eran buenas en esta faceta, se vieron superadas por varios corredores y corredoras durante este tramo. Había gente que bajaba realmente a tumba abierta, con una depurada técnica y también con una parte de riesgo asociada. Su experiencia les decía que en estos tramos, si bien puedes ganar tiempo si arriesgas y bajas rápido, una caída o una simple torcedura podían dar al traste con la carrera. O algo peor, podía producirse un accidente de graves consecuencias. Ambas eran madres y tenían claramente asimilado que por encima de cualquier marca o posición en la carrera, la competitividad no debía estar reñida con la seguridad.

Ya llevaban casi la mitad de la carrera, y en busca de un nuevo avituallamiento, llegó la fase de la carrera más bonita y benévola posiblemente. Sendas maravillosas sin mucho desnivel donde se alternaban suaves subidas y bajadas y permitían un ritmo vivo y alegre, pero sin desfondarse. Un tramo para disfrutar de las maravillosas vistas, más aun cuando el día era soleado pero el calor del verano aún no había llegado a su mayor auge. Las dos corrieron en silencio, como no queriendo interrumpirse mutuamente el deleite de esos momentos. Cuando el camino volvió de nuevo a empinarse, dieron alcance a dos corredores de unos cuarenta o cuarenta y cinco años que llevaban buen ritmo y conversaban entre ellos. Unos metros por delante, una corredora joven. Quizá porque no notaron la presencia cercana de las dos mujeres (o sí, quien sabe), sus comentarios se centraban en lo ceñido de las mallas de la corredora que llevaban delante, y de lo bien que se le marcaba el trasero. “A mí me da igual quedar mejor o peor en la clasificación, prefiero disfrutar de las “vistas” durante un rato”. “Ya te digo”. Laura y Lucía estaban acostumbradas a este tipo de comentarios en carrera, hasta incluso a veces ellas habían sido el objeto de los mismos. Pero no por habituales, dejaban de ser de bastante mal gusto.

Superados estos dos corredores, alcanzaron también a la chica joven, que parecía estar pasando por malos momentos. A Laura le pareció que cojeaba ligeramente, y le preguntó si estaba bien y si necesitaba algo. Corrieron un rato juntas, lo que les permitió tomar distancia de los corredores que les seguían, y a decir verdad sintieron alivio por ello, al sentirse menos observadas.

Y paso a paso los kilómetros fueron cayendo y poco a poco, pese al cansancio acumulado, Laura y Lucía, junto a su nueva compañera de carrera, se fueron acercando de nuevo a Benasque, donde acababa la carrera. Y tras casi 11 horas de carrera, tras haber recorrido 55 kilómetros con más de 3.600 metros de desnivel positivo, el trío pasó por el arco de meta, ovacionadas por el numeroso público congregado para la ocasión.

El momento que llevaban esperando tantos meses. Objetivo cumplido. El sufrimiento había valido la pena. Tras unos minutos intentando recuperar fuerzas, Laura observó que personal de la organización estaba actualizando la clasificación que habitualmente se iba colocando en el tablón. Le comentó a Lucía que iba a consultar si ya habían salido sus resultados. En la columna de la izquierda, la posición en la clasificación “absoluta”. Ocupaban las posiciones 104 y 105. Al final, como último dato en la tabla, aparecía su clasificación dentro de su categoría, Veterana A en ambos casos: quinta y sexta. No se contemplaba siquiera una clasificación absoluta por sexos, como si todos y todas estuviesen dentro de un mismo saco. Lucía se entretuvo contando en la tabla cuantas mujeres habían quedado por delante de ellas. Solo doce mujeres lo habían hecho. Cuando le comunicó los resultados a su compañera, se fundieron en un abrazo, sabedoras de lo que costaba conseguir algo así. No subirían al pódium esta vez, pero se sentían orgullosas de haber estado ahí, de haber luchado y haber superado todas las dificultades. Pero para los ojos de muchos, Lucía y Laura no ocuparon el puesto trece y

catorce de la carrera, el que realmente les correspondía, sino el ciento cuatro y ciento cinco, tal y como aparecía en el primer dato de la clasificación.

En la entrega de premios, las tres primeras clasificadas y los tres primeros clasificados de cada categoría recibieron sus trofeos. Cuando se estaba concediendo los premios a las primeras clasificadas de la categoría Veterana B, un corredor comentó con sorna a un compañero que igual se planteaba cambiarse de sexo: “así quizá consiga subir al pódium”. Un comentario que venía a significar que no era justo que él, que seguro que había realizado la carrera en menos tiempo, carecía de premio mientras que estas mujeres, llegando muy por detrás, sí lo habían obtenido. Una vez más, no se daba cuenta de que no se puede comparar las condiciones en que compiten todas las personas, obviando los condicionantes de sexo y edad.

El último premio que se entregó, el más importante, el que más atención acaparó, el entregado por la autoridad más importante, fue el de los tres primeros clasificados de la carrera. La gran atención se centró en Aritz Egea, que cumplió los pronósticos y cruzó la meta el primero. Pero con anterioridad, Nuria Picas había recibido su premio como primera clasificada femenina. ¿No era ella tan ganadora como él? ¿Por qué no acaparaba la misma atención? ¿Por qué su premio quedaba en segundo plano?

En los días posteriores a la carrera, Laura buscó en la prensa deportiva noticias sobre la carrera. De los cinco medios que consultó, solo en uno de ellos se informaba de la victoria de Nuria Picas al mismo nivel que la de Aritz Egea. Las fotos principales eran del vasco en carrera o en el pódium. Las fotos de la catalana, si las había, ocupaban menos espacio y siempre en segundo plano. Al leer las crónicas, la mayor parte se centraba en la lucha en los primeros puestos, ocupados por hombres. Al final, alguna

breve referencia a las atletas más destacadas. Un ganador absoluto, una ganadora secundaria.

Tras ello, Laura pensó que en toda carrera, las mujeres siempre tienen unos kilómetros de más. Kilómetros virtuales que tienen que recorrer superando dificultades adicionales, injusticias, comentarios ofensivos. Un mayor esfuerzo para una recompensa menor. Pero pese a ello, como buena deportista, pensó inmediatamente en el siguiente reto, en la siguiente carrera, porque aunque para muchos, ellas siguieran entrando en un territorio de hombres, estaba dispuesta a seguir luchando por algo que amaba.